

PRÓLOGO

EL CLAVO

Es un hecho a pensar que, si el día 29 de cierto septiembre no hubiera sido el cumpleaños de monsieur Víctor Pallion, no habría habido ningún misterio del Círculo Carmesí; seguramente unos doce hombres que ahora están muertos seguirían con vida y ciertamente, un inspector desapasionado de la policía no habría descrito a Thalia Drummond como «ladrona y cómplice de ladrones».

Monsieur Pallion invitó a sus tres ayudantes a una cena en el Coq d'Or en la ciudad de Toulouse y la noche fue tanto alegre como disfrutable. A las tres de la mañana, monsieur Pallion se dio cuenta de pronto de que la razón para su visita a Toulouse era la ejecución de un criminal inglés llamado Lightman.

—Chicos —dijo con seriedad pero sin mucho equilibrio—, son las tres y todavía tenemos que armar la dama roja.

Así que se trasladaron hasta el lugar frente a la cárcel donde, desde la medianoche, los esperaba un carretón con las partes esenciales de la guillotina y con una habilidad que provenía de la práctica, levantaron esa cosa espeluznante y pusieron el cuchillo en las ranuras necesarias.

Pero ni la habilidad mecánica es garantía contra las viñas pesadas del sur de Francia y, cuando hicieron la prueba, el cuchillo no terminó de caer.

—Yo lo arreglo —dijo monsieur Pallion y metió un clavo en el marco en el lugar exacto en que jamás debe colocarse un clavo.

Pero Pallion se sentía presionado porque los soldados ya habían entrado a las instalaciones.

Cuatro horas más tarde (ya había luz suficiente para que un fotógrafo emprendedor hiciera una imagen del condenado desde muy cerca), sacaron a un hombre de la cárcel.

—¡*Courage!* —murmuró monsieur Pallion.

—¡Váyase al infierno! —dijo el hombre, ahora atado a la plancha.

Monsieur Pallion tiró de una palanca y el cuchillo cayó hasta el clavo. Tres veces lo intentó y tres veces falló, y entonces, los espectadores indignados atravesaron el cordón militar y el preso terminó de nuevo en la celda. Once años más tarde, ese clavo mató a muchos.

I

LA INICIACIÓN

Era una hora en la que mayor parte de los ciudadanos respetables se preparaban ya para irse a la cama y las ventanas superiores de las casas grandes y anticuadas de la cuadra mostraban manchas de luz, contra las cuales se veían las siluetas de los árboles sin hojas, que se doblaban y se hacaaban bajo la urgencia del temporal. Un viento frío volaba río arriba y sus ramas penetraban en los lugares más remotos y más cerrados con la misma temperatura que el hielo.

El hombre que caminaba despacio en paralelo a la barandilla alta de hierro tiritaba con fuerza a pesar de que estaba bien abrigado: el desconocido había elegido para ese encuentro un lugar que parecía expuesto a las peores ráfagas de la tormenta.

Los restos del otoño muerto se le arremolinaban entre los pies trazando círculos fantásticos; las ramitas y las hojas bajaban crujiendo desde los árboles que abrían largos brazos fantasmales sobre la cabeza del hombre y él miró con envidia el brillo alegre de las ventanas de una casa, donde, con solo golpear la puerta, le darían la bienvenida como a un invitado.

Las onces sonaron con fuerza en un reloj cercano; la última campanada seguía reverberando en el aire cuando un auto rápido, silencioso, entró en la plaza y se detuvo junto al hombre. Los dos faros brillaban, sí, pero no demasiado. Dentro del cuerpo cerrado del auto, no había ni una chispa de luz. Después de un momento, el hombre que esperaba se acercó, abrió la puerta y entró. Solamente adivinaba la silueta del conductor en el asiento delantero y, de pronto, cuando se dio cuenta de la importancia del paso que había dado, sintió un curioso latido en el corazón. El auto no se movió y el hombre en el asiento del conductor permaneció inmóvil también. Durante un momento, no hubo más que un silencio mortal, que finalmente rompió el pasajero.

—¿Qué? —preguntó, nervioso, casi con irritación.

—¿Se decidió usted? —preguntó el conductor.

—¿Estaría aquí si no me hubiera decidido? —quiso saber el pasajero—. ¿Cree usted que vengo solo por curiosidad? ¿Qué quiere usted de mí? Dígame y yo le digo lo que quiero de usted.

—Yo sé perfectamente lo que usted quiere de mí —dijo el conductor. Tenía la voz apagada por algo, indistinta, como alguien que habla detrás de un velo.

Cuando los ojos del recién llegado se acostumbraron a la penumbra, detectó la vaga silueta de la capucha de seda que cubría la cabeza del conductor.

—Usted está al borde de la bancarrota —siguió diciendo el dueño del auto—. Usó dinero que no era suyo, que no estaba autorizado a usar, y está pensando en el suicidio. Y no es la insolvencia lo que lo lleva a pensar en esa salida. Usted tiene un enemigo que descubrió algo sobre usted, algo que lo desacredita, algo que lo pondría directamente en manos de la policía. Hace tres días, en una farmacia donde usted tiene un amigo, compró una droga particularmente mortífera que no se puede obtener en cualquier lado. Hace una semana que usted está leyendo y estudiando el tema de los venenos y sus efectos, y tiene la intención de acabar

con su vida el sábado o tal vez el domingo, yo creo que el domingo..., a menos que aparezca algo que pueda salvarlo del desastre. —El conductor oyó jadear al hombre que tenía detrás y se rio suavemente—. Ahora, señor —agregó—, ¿está preparado para decirme si quiere actuar para mí?

—¿Qué quiere usted que haga? —quiso saber el hombre de atrás; estaba temblando.

—No le pido mucho: solamente que siga mis instrucciones. Me voy a ocupar de que usted no corra ningún riesgo y reciba un buen pago. En este momento, estoy preparado para poner en sus manos una gran suma de dinero que le permitirá cumplir con sus obligaciones más urgentes. A cambio de eso, quiero que usted ponga en circulación todo el dinero que yo le mande, haga los intercambios necesarios, cubra el rastro de los billetes, cuyos números conoce la policía; disponga de los bonos de los que yo no puedo disponer y actúe en general como mi agente de bolsa. —Hizo una pausa y después, agregó en un tono muy serio—: Y pagar lo que yo pida cuando yo se lo pida.

El hombre que tenía detrás no contestó nada por un tiempo, y después, preguntó con un rastro de petulancia:

—¿Qué es Círculo Carmesí?

—Usted. —Fue la respuesta que lo asustó.

—¿Yo? —jadeó el hombre.

—Usted es el Círculo Carmesí —dijo el otro con cuidado—. Tiene usted cien camaradas, a ninguno de los cuales va a conocer jamás; ninguno de los cuales va a saber nunca nada sobre usted.

—¿Y usted?

—Yo los conozco a todos —dijo el conductor—. ¿Está de acuerdo?

—Estoy de acuerdo —dijo el otro después de una pausa.

El conductor había girado apenas la cabeza y le tendía la mano.

—Tome esto —dijo. «Esto» era un sobre grande, bien grueso, y el nuevo miembro del Círculo Carmesí se lo metió en el bolsillo.

—Y ahora salga —dijo el hombre que manejaba con brusquedad y el de atrás lo obedeció sin hacer preguntas.

Cerró la puerta de un golpe y caminó hacia el conductor. Todavía sentía mucha curiosidad por el hombre, por su identidad. Por otra parte, era esencial que conociera al hombre que manejaba el auto por su propia seguridad.

—No encienda el cigarro ahora —dijo el conductor—, o voy a pensar que es una excusa para encender un fósforo. Quiero que lo sepa, mi amigo: el hombre que me conoce, se lleva ese conocimiento a la tumba.

Antes de que el otro pudiera replicar, el auto arrancó con fuerza y el hombre del sobre se quedó mirando el rojo de las luces traseras hasta que desaparecieron en la distancia.

Estaba temblando de pies a cabeza y, cuando finalmente encendió el cigarro, que sostenía aferrado entre dientes que le castañeteaban, la llama del fósforo se movió en el aire, trémula.

—Así que eso es todo —dijo él con voz ronca y cruzó la calle primero, después desapareció por una de las esquinas laterales. Apenas acababa de irse, una figura se movió con cuidado en el umbral de una casa oscura y lo siguió. Era un hombre alto y ancho y caminaba con dificultad porque le faltaba el aliento. Había hecho unos cien pasos en la persecución antes de darse cuenta de que todavía tenía en la mano los binoculares de barco que le habían ayudado a ver.

Cuando llegó a la calle principal, su presa había desaparecido.

Él esperaba algo semejante y no se preocupó. Sabía dónde encontrar a ese hombre. Pero, ¿quién estaba en el auto? Él había leído el número: rastrearía al dueño en la mañana. El señor Felix Marl sonrió. Si hubiera adivinado el carácter de la entrevista que acababa de espiar, no habría habido ninguna diversión. Hombres más fuertes que él se habían quedado paralizados de miedo frente a la amenaza del Círculo Carmesí.

II

EL HOMBRE QUE NO PAGÓ

Philip Bassard pagó y siguió viviendo porque aparentemente el Círculo Carmesí cumplía con su palabra; Jacques Rizzi, el banquero, también pagó pero lo hizo en medio del pánico. Murió por causas naturales un mes más tarde porque tenía un corazón débil. Benson, el abogado del ferrocarril, se burló de la amenaza y lo encontraron muerto a un costado de su taberna.

El señor Derrick Yale, que tenía dones extraordinarios, persiguió al negro que se había arrastrado para entrar en el auto privado de Benson y matarlo y lo alcanzó antes de que el hombre tirara el cuerpo por la ventanilla. El negro murió colgado sin revelar la identidad de quien le había pagado por esa muerte. La policía podía burlarse de los poderes psicométricos de Yale, y muchas veces lo hacía, pero dentro de las primeras cuarenta y ocho horas, Yale había llevado a la policía hasta la casa del asesino en Yareside y el asesino, aturdido, había confesado la verdad.

Después de la tragedia, seguramente hubo muchos que pagaron lo que exigía el Círculo y nunca informaron a la policía porque hubo un largo período en el que ninguna referencia al Círculo Carmesí se abrió paso hasta los diarios. Después, una mañana, llegó a la mesa de desayuno de James Beardmore un sobre cuadrado que contenía una tarjeta sobre la cual alguien había estampado un Círculo Carmesí.

—Tú estás muy interesado en el melodrama de la vida, Jack: lee esto.

James Stamford Beardmore tiró el mensaje en dirección a su hijo por encima de la mesa y procedió a abrir la carta siguiente, que lo esperaba en la pila junto a su plato.

Jack recuperó el mensaje del suelo, adonde había ido a parar, y lo examinó con una pequeña arruga en la frente. Era una tarjeta muy común, excepto que no tenía remitente.

El gran círculo carmesí le tocaba los cuatro ángulos y tenía el aspecto de un dibujo hecho con un sello de goma porque la tinta no estaba distribuida con regularidad. En el centro del círculo, en letras de imprenta, se leían las siguientes palabras:

Cien mil es solamente una pequeña parte de sus posesiones, señor. Usted va a pagar esa cantidad en billetes a un mensajero al que voy a enviar en respuesta a un aviso en el diario Tribune dentro de las próximas veinticuatro horas, que se contarán desde la hora que usted estime conveniente. Este es el último aviso.

No había ninguna firma.

—¿Qué te parece? —Jim Beardmore levantó la vista por encima de sus anteojos; tenía una sonrisa en los ojos.

—¡El Círculo Carmesí! —jadeó su hijo.

Jim Beardmore soltó una sonora carcajada ante la preocupación que oía en la voz de su hijo.

—Sí, el Círculo Carmesí..., ya recibí cuatro...

El joven lo miró un momento largo.

—¿Cuatro? —repitió—. ¡Dios mío! ¿Es esa la razón por la que Yale se está quedando con nosotros?

Jim Beardmore sonrió.

—Esa es la razón —dijo.

—Claro, yo sabía que era detective pero no tenía idea de que...

—No te preocupes por ese círculo infernal —interrumpió el padre con un poquito de impaciencia—. Yo no les tengo ningún miedo. Froyant está aterrorizado, tiene miedo de perder la vida, de que lo marquen para siempre. No me extraña. Él y yo nos conseguimos unos cuantos enemigos en nuestros días.

Hubiera sido fácil confundir a James Beardmore, la cara dura, marcada por líneas y la barba gris, incipiente, con el abuelo del joven apuesto que estaba sentado frente a él. La

fortuna Beardmore se había reunido con mucho esfuerzo, materializada a partir de la destrucción de muchos sueños, y había tenido sus comienzos en las privaciones, los peligros y los dolores de la vida de un buscador de oro. El hombre a quien la Muerte había perseguido en las llanuras sin agua del Kalahari, el hombre que había buscado diamantes ilusorios en el barro del río Vale y derretido el hielo que cubría sus tierras en Klondyke, se había enfrentado a demasiados peligros reales como para que lo perturbara la amenaza del Círculo Carmesí. Por el momento, estaba preocupado por un peligro mucho más tangible, un peligro que corría no él sino su hijo.

—Tengo mucha fe en tu sentido común, Jack —dijo— así que no te sientas mal por nada de lo que estoy por decir. Nunca interferiré con tus diversiones ni cuestioné tus ideas... pero, ¿estás seguro de que estás actuando con sabiduría en este momento?.

Jack entendió.

—¿Te refieres a la señorita Drummond, padre?

El hombre mayor asintió.

—Es la secretaria de Froyant —empezó a decir el joven.

—Ya sé que es la secretaria de Froyant —dijo el padre— y eso está muy bien. Pero el punto, Jack, es ¿qué más sabes sobre ella?

El joven arrugó la servilleta con deliberación. Tenía la cara roja y un aspecto raro y firme de la mandíbula que, secretamente, divertía a Jim.

—Me gusta. Es amiga mía. Nunca hicimos el amor si eso es lo que quieres decir, papá, y yo tiendo a pensar que nuestra amistad se terminaría si lo hiciéramos.

Jim asintió. Había dicho todo lo que era necesario y ahora levantó un sobre todavía más abultado y lo miró con curiosidad. Jack vio que tenía estampillas francesas y se preguntó quién sería el remitente.

El padre rompió el papel y sacó un montón de papeles que incluían otro sobre bien sellado. Él leyó lo que tenía escrito y se le arrugó la nariz.

—¡Aj! —dijo y bajó el sobre hacia la mesa sin abrirlo. Echó una mirada rápida al resto de la correspondencia, después volvió a mirar al hijo—. Nunca confíes en un hombre o una mujer hasta que sepas lo peor que se puede saber sobre ellos —dijo—. Hoy viene a verme un hombre que es un miembro respetable de la sociedad. Tiene un prontuario tan negro como mi sombrero y sin embargo, yo voy a hacer negocios con él...; ¡porque ya sé lo peor que puede saberse sobre él!

Jack se rio. El resto de la conversación quedó interrumpido por la llegada del invitado.

—Buenos días, Yale, ¿durmió usted bien? —preguntó el hombre, que tenía bastante edad—. Pide más café, Jack.

La visita de Derrick Yale era un placer para Jack Beardmore. El joven estaba en una edad en la que el romance es el centro de atracción y la compañía de cualquier detective, aunque hubiera sido un hombre totalmente común, le habría traído una alegría especial. Pero el glamour que rodeaba a Yale era el de lo sobrenatural. El hombre tenía cualidades raras, muy poco frecuentes, que lo convertían en único. La cara delicada, estética, el misterio grande de los ojos, hasta el gesto de las manos largas, sensibles, todos eran parte de esa cualidad única.

—Yo nunca duermo —dijo, de buen humor, mientras abría la servilleta. Sostuvo el anillo de plata que la sostenía entre los dedos un segundo y James Beardmore lo miró, divertido. En cuanto a Jack, no escondió la admiración que sentía.

—¿Entonces? —preguntó el dueño de casa.

—El que entregó esta última carta acaba de recibir noticias muy feas..., tiene un pariente cercano con una enfermedad terminal.

Beardmore asintió.

—Jane Higgins fue el sirviente que puso la mesa —dijo—. Recibió una carta esta mañana, le informaban que se le está muriendo la madre.

Jack jadeó con fuerza.

—¿Y usted sintió eso en ese aro de la servilleta? —preguntó, sorprendido—. ¿Cómo hace eso, señor Yale?

Derrick Yale meneó la cabeza.

—No trato de explicarlo —dijo con voz calma—. Lo único que sé es que apenas levanté la servilleta, tuve una sensación de un dolor profundo y desesperado. Raro, ¿verdad?

—¿Pero cómo supo lo de la madre?

—Lo rastreeé... , no sé —dijo el otro casi con brusquedad—. Es cuestión de deducción. ¿Tuvo alguna novedad, señor Beardmore?

Como toda respuesta, Jim le entregó la tarjeta que había recibido esa mañana. Yale leyó el mensaje, después sopesó la tarjeta en la palma de mano blanca.

—Un marinero llevó esto al correo —dijo—, un hombre que estuvo en la cárcel y recientemente perdió mucho dinero.

Jim Beardmore soltó una carcajada.

—Dinero por el que yo no pienso compensarlo, eso se lo aseguro —dijo y se levantó de la mesa—. ¿Se toma usted estas amenazas con seriedad?

—Con mucha seriedad, sí —dijo Derrick con esa voz tranquila—. Tanta que no le aconsejo que salga de su casa sin mi compañía. El Círculo Carmesí —siguió, mientras acallaba la protesta indignada de Beardmore con un gesto característico— es vulgar y melodramático en sus operaciones, lo admito, pero no va a ser ningún consuelo para sus herederos saber que su muerte fue muy teatral.

Jim Beardmore se quedó callado un momento y su hijo lo miró, angustiado.

—¿Por qué no te vas al extranjero, papá? —preguntó; el viejo se dio vuelta, furioso.

—¡Al diablo con eso! —rugió—. ¿Salir corriendo frente a una banda sucia de la Mano Negra? Antes los...

No dijo lo que pensaba hacerles pero los otros dos no tuvieron ningún problema para adivinarlo.